

—¿Lo crees?

—Estoy segura.

—Pues bien; yo espero dárselas también, y formidables, á esa pobre Clotilde; ya verás. ¡Execro á ese hombre! ¡Qué audacia!

—Vamos, sé indulgente; protege á la mujer; pero disculpa al marido. No siempre esta clase de hombres merece que se les odie. El matrimonio es un puerto donde no entran todos los barcos. No exageremos las cosas. Te dejo para trabajar en tu salvación.

Las dos amigas se besaron en la frente.

Un pintor de género habría podido hacer allí un buen estudio.

Una rubia y una morena. Y el salón japonés sirviendo de fondo.

¡Qué cuadro tan precioso!

## IX

Puede decirse que van Berg dejó la rue Royale poseído de satisfacción indecible.

Todas las armonías del amor resonaban en el fondo de su alma. Jamás, en su vida de seductor afortunado—y eso que sus conquistas alcanzaban una cifra increíble—había encontrado alhaja comparable á Isabel.

Se admiraba de no acordarse apenas de la hermosa criada. Isabel había desvanecido aquella visión, como una rosa purpurina eclipsa á la humilde violeta.

Van Berg iba por las calles como si no sentara los pies en el suelo. Le parecía que su cabeza estaba al nivel de los entresuelos, y no veía á los que pasaban á su lado: solo veía la mirada animosa, el ademán provocativo, el pie encantador y los brazos torneados de la admirable morena, que él contaba ya en el número de sus víctimas.

Ella sola ocupaba su imaginación.

Toury sería el campo de su victoria.

Ella misma le había citado allí; una población ignorada, un desierto, poblado de salvas.

¿Por qué elegir precisamente aquel sitio retirado, en el Yonne?

Sin duda porque aquel lugar le garantizaba el secreto, el silencio, el misterio.

Pero ¿qué importaba el sitio?

¡Oh! ¡Las parisienses! ¡Qué mujeres! ¡Cómo se las derrota con un poco de audacia!

Los apóstoles del naturalismo tienen razón. Con las mujeres basta atreverse para triunfar.

Después de todo, ¿qué pecado había en aprovecharse de las debilidades ajenas?

No iba á llevar el puritanismo hasta tronar contra la relajación de las costumbres, causa de sus éxitos. Esa era misión del moralista, no suya.

Lo importante y lo urgente, era obedecer las instrucciones de la hermosa Isabel y explotar la preciosa mina que había descubierto.

Al llegar á su casa, buscó todos los objetos precisos para la vida de campo; compró lienzos para sus cuadros, se surtió de caballetes,

pinceles y colores, y con aquel equipaje se metió en un coche y se encaminó á la estación de Lyon, en donde tomó billete para Laroche.

Cuatro horas después, caminaba en coche por una campiña pintoresca, y después de caminar diez leguas, llegaba al anochecer á una gran población que era el término de su viaje.

Bajó del coche algo primitivo en que hizo su viaje, en el patio de una posada de buen aspecto, á cuya puerta había un cartel que decía: «Lariolle, *Al Gallo Rojo.*»

Pidió dos cuartos contiguos.

—¿Para vos solo?—preguntó llena de admiración la criada que salió á recibirle.

Van Berg sonrió maquiavélicamente.

—Espero á la señora—dijo.

—Muy bien.

En seguida se dedicó al arreglo de su persona, para aparecer con todas sus atractivos ante el posadero de los indígenas.

Después bajó á la cocina.

—Si vienen cartas con esta dirección, tened la bondad de recibirlas.

Y entregó su tarjeta á Lariolle, que pudo leer en ella:

## VAN BERG

INGENIERO

LIEGE.

Y añadió:

—Espero estar algunos días en el país.

A la mañana siguiente, llegó una carta al palacio de la Jouchere, con instrucciones para el guarda Bastien, cuyo resultado no tardaremos en conocer.

## X

Van Berg á Isabel Robert.

*Toury-les-Foins, 15 de junio.*

«¡Dos días en la soledad! ¡Dos días! ¡Y sin recibir un solo recuerdo vuestro!

»Languidezco, y moriría de hastío si no tuviera para distraerme los tipos de los naturales de Toury, de mi posadero y de sus huéspedes.

»No os diré nada nuevo al aseguraros que me miran como á un advenedizo.

»A la verdad, debo parecerles un ser raro. Cuando salgo de la posada, bastante buena por el trato que en ella se recibe, las gentes salen á las puertas, las ventanas se abren, las caras rubias se dibujan en sus marcos y los ojos me siguen hasta que desaparezco entre los árboles.

»Llevo conmigo todo el equipaje de un pintor: bastón articulado que me sirve de silla,